

A QUEMARROPA



www.semananegra.org

GIJÓN, 10 de julio de 2017 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXX • GRATUITO • N° 4

Gente BIEN



ESPACIO A QUEMARROPA

Por Ángela Clemente
Página 6

□ Gente bien: no es de otro tipo la que llena todos los días y todas las ediciones este festival. Hombres, mujeres; jóvenes y ancianos; de izquierdas y de derechas; *homo* y *hetero*; locales y forasteros. De todo hay y todo es bienvenido en la Semana Negra, y es gracias a eso que esta Disneylandia alternativa sobrevive todas las embestidas que viene sufriendo. El pueblo de Gijón siempre ha votado con los pies y ha votado que sí, que quiere seguir teniendo y estando orgulloso de ser por diez días cada año una meca mundial de la literatura, la cultura y el ocio.

Que sea por muchos años.

LOS MAESTROS SASTRES ARTESANOS

Por Suárez, Prieto y Zapico
Páginas centrales



Ayer, en la Carpa del Encuentro...



... conocimos lo mejor de la ficción argentina y mexicana...



...y Elia Barceló presentó *El color del silencio*.

ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidenta: *Susana Quirós*
Director del Comité Organizador: *José Luis Paraja*



Edición y diseño gráfico: *Ángel de la Calle*

Dirección: *Pablo Batalla Cueto*

Redacción: *Ángela Clemente*

Fotografía: *José Luis Morilla*

Preimpresión: *Morilla Fotocomposición*

Colaboradores:

Miguel Barrero

Jesús Palacios

Michel Suárez

Carmen Prieto

Alex Zapico

Impreme: *Imprenta Mercantil*

Otra prisión es posible

«Una experiencia humana; a veces, demasiado humana»: así describió ayer **Ángel de la Calle** las Unidades Terapéuticas y Educativas de la cárcel de Villabona, puestas en marcha en 1992 por el Principado de Asturias y cuyo propósito es «educar e intervenir, a través del compromiso, para cambiar la realidad hostil de las prisiones, dominada por la toxicomanía y la subcultura carcelaria». Ayer, la Carpa del Encuentro acogió a algunos de sus responsables y también a un presidiario y a un presidiario actual a los que la experiencia les cambió, literalmente, la vida. Se contó también con la presencia del fotógrafo **Alex Zapico**, autor de las instantáneas que forman parte de la exposición que, titulada «La vida tras la UTE» y sobre esta experiencia pionera, alberga también la Carpa del Encuentro, así como con la de **Julio Rodríguez**, escritor de los textos que las explican. Zapico alabó de las UTE que «tratan a la gente como personas, no como números», mientras que Rodríguez valoró como «muy importante mostrar los rostros y las historias de las personas y, por otro lado, visibilizar la propia UTE, y más ahora que está pasando por malos momentos».

Así presentó el proyecto su coordinador, **Faustino García Zapico**: «La mejor cárcel es la que no existe: podemos estar de acuerdo en eso, pero, hasta la sociedad llegue a resolver ese problema de que no existan cárceles, tenemos que ocuparnos de personas con nombres y apellidos, carencias y déficits, que necesitan urgentemente una transformación. Eso es lo que representa la UTE: un modelo alternativo que hace que otra prisión sea posible. Los profesionales se organizan en un equipo multidisciplinar y en una estructura horizontal, el funcionario de

vigilancia se convierte en un educador y el interno pasa a ser un sujeto activo de su proceso de cambio, por lo que ya no tienen sentido la vigilancia, el control ni la represión». Que no se trataba de un relato idílico o falaz lo confirmó más tarde **Juan García Zapico** (no es un error: los apellidos coinciden con los del coordinador), un antiguo interno de la cárcel de Villabona que pasó hace años por el programa.

Esto contó el antiguo interno: «Ingresé en prisión a causa de consumos importantes de droga, y tras una temporada me enteré de que había un mó-

dulo llamado UTE. Gracias a familiares y amigos, me decidí a ir para allá. Aquello se convirtió en mi familia; en una familia más familia que la mía propia en muchos momentos. Mi último consumo fue allí. Gracias a la UTE, dejé de consumir, y a día de hoy llevo diez años limpio. Para mí, la UTE fue un salvavidas. Estoy seguro de que, si no hubiera entrado en la UTE, no estaría aquí, sino criando ortigas, y eso tengo que agradecerlo a los profesionales que trabajan allí; personas que se hacían querer y que igual te abrazaban, que te daban consejos, que paseaban contigo por el patio».

Sobre los «malos momentos» por los que pasa el proyecto, la más dura fue **Rosa Fernández García**, presidenta de la Asociación de Amigos y Familiares de la UTE, que denunció la «política de acoso y derribo de la UTE emprendida por la dirección del centro y respaldada por la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias, que cuestionan la UTE como modelo alternativo a la prisión tradicional y no reconocen la trascendencia que ha tenido este modelo para una futura transformación del sistema penitenciario que haga posible el objetivo constitucional de las personas privadas de li-

bertad». Se está dando, dijo, «un proceso de destrucción imparable» que está dejando a muchas personas «por el camino», algo que quien más va a pagar va a ser «la sociedad asturiana». Otro presidiario, **Pablo**, en este caso aún cumpliendo condena, también intervino para advertir acerca de cómo se ha ido degradando el programa en los doce años que lleva preso. «Nos estamos pegando todos los días», contó, «con el tema de la droga. Siempre hubo droga en todos lados, pero antes se controlaba mejor y en cierta manera se erradicaba. Ahora es un sinvivir. Todos los días tenemos peleas, jaleos, etcétera, y nos sentimos desprotegidos. Y estamos hablando de la vida de quinientas personas».

Durante la presentación también hubo tiempo para un breve y animado turno de preguntas. Con respecto a una de ellas, la de por qué no había mujeres entre los retratos que conforman la exposición, Julio Rodríguez expuso las dificultades insalvables que él y Zapico han encontrado para convencer a presidiarias de participar. «Para las mujeres, el estigma de estar presas sigue siendo mucho mayor que para los hombres», explicó, añadiendo que sólo el diez por ciento de los internos de Villabona son mujeres.



RECORDANDO A PIT I

«Tarde o temprano, en todos los palacios entra el pueblo». Así rezaba la viñeta más genial de **Paco Ignacio Taibo I**, entre cuyas múltiples dimensiones y profesiones estuvo durante un tiempo la de publicar una sátira titulada «El gato culto» en el diario mexicano *El Universal*. Lo recordó ayer **Ángel de la Calle** durante la presentación de *Para parar las aguas del olvido*, las memorias del fallecido progenitor del fundador de la Semana Negra, que acaba de publicar la editorial Drácena.

La presentación, que contó también con la presencia de **Paco Ignacio Taibo II**, consistió menos en hablar del libro que en desgranar anécdotas divertidas sobre Taibo I, fallecido en 2008. De la Calle lo recordó como «un personaje inclusivo. Yo era el hijo de un obrero del metal de Gijón y los Taibo la burguesía ilustrada, pero jamás noté ninguna altanería: todo lo contrario». Contó el director de contenidos de la Semana Negra que la primera vez que llegó a su casa «estaba viviendo en ella **Danny Daniel**, y la segunda **María Dolores Praderá**». La casa de los Taibo en Ciudad de México era, explicó De la Calle, «la embajada oficiosa de España en México cuando no había relaciones diplomáticas: por ella pasaron **Serrat**, **Víctor Manuel**, **Joaquín Sabina**, **Luis García Montero**... A Serrat lo llamaba *Juan Manuelín*. Cuando murió Taibo, en 2008, le hicimos un homenaje en la Semana Negra y no costó nada traerlos a todos. Bastó una llamada para que cogieran el avión y vinieran a Gijón a recordar a Paco Ignacio Taibo».

De su padre, Paco Ignacio Taibo II recordó que tenía «era extremadamente riguroso en

el trabajo literario, pero tenía muy mala memoria, e incluso fue famoso por la mala memoria que tenía». Al respecto relató una anécdota divertida: la de una ocasión en la que a Taibo I, que durante una época trabajó en la revista mexicana de deportes *Marca*, se le encomendó escribir una crónica de un combate de boxeo en el que participaba un boxeador conocido como **La Zorrita González**. «Mi padre», contó Taibo, «escribía las crónicas sobre la marcha frente al televisor, y conforme iban saliendo las cuartillas se iban directamente al tipógrafo. Aquél fue uno de sus textos más memorables: la crónica comenzaba hablando de La Zorrita González, pero a mitad de la página 1 pasaba a ser La Zorrita Pérez; a mitad de la 2, La Zorrita Martínez. Al final de esa página volvía a ser La Zorrita González, pero luego pasaba a ser La Zorrita Gutiérrez. Aquella crónica salió publicada tal cual, y papá estaba muy orgulloso, porque *Zorrita* siempre lo había escrito bien, con su zeta y su doble erre».

Para parar las aguas del olvido recoge la infancia y la juventud de Paco Ignacio Taibo, en una sucesión de pequeñas historias por las que van desfilando personajes del Oviedo de posguerra como **Ángel González**, **Manuel Lombardero** o **Carlos Bousoño**. Y en opinión de Taibo II, «sigue contando historias al lector de hoy y no sólo a aquél cuyo pasado está enlazado directa o indirectamente con ellas. Todo lector que tenga el libro va a volver a encontrar un canto de amor a los valores supremos de la fidelidad, la amistad y la supervivencia en territorio minado».



CONCIENCIA DE LA VIDA, CONCIENCIA DE LA MUERTE



Pocas veces se llena tanto la Carpa del Encuentro como cuando la visita **Rosa Montero**. La escritora cuenta con una nutrida legión de seguidores atentos a cada nueva novela que publica, y ayer no desperdiciaron la ocasión de asistir a la presentación de la última: *La carne*, «una intriga emocional que nos habla del paso del tiempo, del miedo a la muerte, del fracaso pero también de la esperanza, de la necesidad de amar y de la gloriosa tiranía del sexo, de la vida entendida como un lance fugaz en el que devorar o ser devorado».

Montero fue presentada por **Berna González Harbour**, que desgranó sin destripar lo esencial la trama de la novela. La protagoniza Soledad, «una mujer de unos sesenta años que contrata a un escort de lujo, un gigoló ruso, porque quiere dar celos a un amor que se ha terminado». González Harbour alabó el libro como «una novela muy humana, muy honda, muy intensa, que refleja el deseo de luchar contra el envejecimiento pero sobre todo el de no rendirse a las arrugas, a las barrigas o al no tener ni sexo ni amor». También lo valoró como una especie de contrapunto de la anterior novela de Montero, *La ridícula idea de no volver a verte*. Si aquella era una novela centrada en la muerte, ésta otra es una novela sobre la vida, aunque las fronteras entre ambas vertientes de la existencia no son ni mucho menos impermeables. «Cuando estás muy lleno de la conciencia de la muerte, estás también muy lleno de la conciencia de la vida», expuso Montero.

Montero manifestó también su convicción de que «todos los novelistas escriben siempre sobre los mismos temas. Yo soy una escritora especialmente existencialista, especialmente obsesionada

por la muerte y el paso del tiempo. Esta novela la he escrito con sesenta años y habla del envejecimiento, pero del envejecimiento ya hablaba en mi primera novela, que escribí en 1979, con veintiséis», dijo. Esa obsesión con la muerte, la escritora la relacionó con la de dos grandes de la literatura universal: **Joseph Conrad** y **Simone de Beauvoir**. De ellos explicó que «Conrad era hijo de unos nacionalistas polacos cuyos padres fueron deportados por el Imperio ruso al norte helado, y allí se murieron los dos de tuberculosis, dejando a Conrad sólo con diez años. Y Simone de Beauvoir era hija de banqueros millonarios que entraron en bancarrota y la hicieron pasar de millonaria a vivir en una casa pobrísima con un retrete en el patio para cuarenta familias. Ese tipo de cosas te hacen perder bruscamente la infancia y adquirir temprana y violentamente percepción de la decadencia. Si de niño has tenido una pérdida tan violenta de la infancia, se te queda grabado para siempre en la cabeza y el corazón que el tiempo nos roba y los deshace, que la muerte ronda, que las cosas se acaban...». También Montero adquirió esa conciencia de la muerte y la decadencia a muy temprana edad, pero no quiso desvelar de qué manera. «Eso lo dejo para el diván del psicoanalista», dijo.

La carne «no es una novela policial, pero en ella hay persecuciones, sangre, violencia y suspense, y por primera vez en mi vida he pedido al lector, al final de la novela, que no revele la trama», contó también la autora de *Crónica del desamor* e *Historia del rey transparente*. El nombre completo de la protagonista de la obra es Soledad Alegre: toda una declaración de intenciones.

Una cultura de oficio contra los maestros sa

TEXTO: MICHEL SUÁREZ • CARMEN

Cada día resulta más difícil no asombrarse ante la extraordinaria capacidad de nuestro tiempo para hacer pasar por fatalidad lo que en realidad son las consecuencias lógicas de su propia esencia. Decía **Lewis Mumford** que la civilización se comporta como un rico heredero en una juerga: derrochando irresponsablemente en la certeza de la inmensidad de sus recursos. Ciertamente, actuamos como si todas nuestras comodidades y facilidades materiales careciesen de consecuencias, como si nuestra ración diaria de radiaciones, de comida envenenada, de aire saturado de químicos, o el incremento de personalidades depresivas y psicóticas no tuviesen ninguna relación con una organización técnica y burocrática de la vida. En el mejor de los casos, se piensa que son anomalías que pueden ser corregidas con más tecnología; en el peor, un peaje que pagamos con cierto pesar.

En esta Europa desespiritualizada, que continúa postrada ante el ídolo del progreso, poner en cuestión las conquistas de la civilización de la máquina continúa siendo un ejercicio de mal gusto. Inmediatamente surgen las estadísticas de reducción de los niveles de plomo en la sangre y de víctimas automovilísticas durante el fin de semana, las cifras de disminución del paro o los datos sobre el crecimiento de la esperanza media de vida y del PIB, éxitos que nos van sacar de la enésima crisis para que podamos volver a ser los felices consumidores que fuimos. El truco es siempre el mismo, pero funciona: esperen y verán cómo el progreso resolverá todos los problemas. Y en esa espera vivimos mientras el mundo multiplica los horrores.

«Fatal aumento de la estupidez humana: gran tema», escribió **Paul Valéry** en un cuaderno de notas. Y tenía razón el poeta francés: es un gran tema; de hecho, es *el tema*. Una

de las principales funciones que posee la estupidez es la de disculparnos todo a nosotros mismos y no darnos por enterados de las consecuencias de nuestras acciones. Excepto para sus imperturbables promotores, que son prácticamente todos, resulta evidente que el optimismo defraudado del progreso nos ha conducido a un atolladero moral, ecológico y civilizatorio de proporciones siderales. Bastará un breve vistazo al mundo para comprobar el resultado de haber adoptado el evangelio de la ambición sin freno que tiene su Santísima Trinidad en el dinero, el poder y la potencia. ¿Qué fue de las promesas de un mundo que llamaba a la felicidad colectiva y a la abundancia material ilimitada? ¿No nos haría mejores el misterio que se escondía en el seno de las fuerzas productivas? ¿Quién se lo pensaría dos veces antes de seguir afirmando que necesitamos más de lo mismo: más crecimiento, más máquinas, más pantallas, más robots, más velocidad, más libertad para explotar al prójimo, para obtener resultados diferentes? ¿Hay alguien que todavía recuerde lo que eran el desinterés, la fraternidad, el apoyo mutuo, el sentido de la autonomía individual y colectiva?

En el gran circo de la política, la izquierda y la derecha continúan dirimiendo su tragicómica disputa para alzarse como los campeones del progreso social, del desarrollo y del bienestar. Sin embargo, con algunos matices y diferencias de estilo irrelevantes, ambos son legatarios de la sociedad industrial y la mentalidad desarrollista sobre la que se aquilató el capitalismo. Todas sus propuestas teóricas están orientadas a sobredimensionar aún más un gigantesco mercado de bienes de consumo y a resolver los enormes problemas suscitados por el industrialismo mediante la innovación tecnológica, sin reparar en que cada

nueva usurpación de la técnica se paga con el crecimiento del poder del Estado, con la pérdida de una libertad (**Bernanos**).

Esta comunión progresista viene de lejos. Los liberales pueden remitirse a **Ricardo, Smith** o a **Mandeville**, pero en realidad fue la *izquierda* la que se puso manos a la obra. El 14 de junio de 1791, antes de que sus correccionarios le hiciesen perder literalmente la cabeza, el jacobino **Isaac Le Chapelier** vio sancionar la ley de libre comercio que lleva su nombre, en la que se advertía de que «todas las manifestaciones compuestas por artesanos, obreros, oficiales, jornaleros o promovidas por ellos contra el libre ejercicio de la industria y la plena libertad de comercio», «inconstitucionales y atentatorias contra los derechos del hombre», serían consideradas actos de sedición y castigadas en consecuencia.

Este fue el excelente punto de partida para barrer de una vez por todas las engorrosas prácticas precapitalistas que obstaculizaban la emergencia de una criatura movida exclusivamente por sus intereses personales. Limitado por la función redistribuidora del Estado reivindicada por la izquierda, o sin mayor traba que la establecida por el mérito y la capacidad individuales según los dogmas de la derecha, el hombre reafirmaba su condición de ser que calcula, maximiza recursos y, sobre todo, consume. Su espacio natural era el mercado, aunque no era ninguna mano invisible la que corregía las disfunciones, sino los chismorreos en los bastidores de la banca y las finanzas y los compadros en los pudrideros del Estado. Claro que hubo gente más sincera. El singular genio de **Guizot** supo resumir el programa del capitalismo en una palabra: «¡Enriqueceos!», y hacédlo a toda costa, cueste lo que cueste, desplegado vuestra codicia e imponed vuestro legítimo egoísmo, que en el fondo, trabaja por el bien común.

Nada resulta más risible que observar cómo los mismos que consideraron un progreso deshacerse del fardo de la tradición se dan el título de *conservadores*. En realidad, ni estos conservadores que sólo saben demoler, como los definió un conservador de los pies a la cabeza como **Chateaubriand**, ni los recaltrantes *progresistas* son capaces de comprender que el verdadero fracaso de esta civilización es el de no haber desenmascarado a los profetas de la avaricia y su encarnizada cruzada contra la tradición.

Embarcados en esta nave ebria que se aproxima hoy al borde del precipicio, parecía natural que el nuevo impulso industrial mirase con

recelo y desconfianza al mundo tradicional. Con la inestimable colaboración del marxismo y su concepción progresista de la historia, la tradición remitía a un universo estático y brutal, una época cuyo único mérito era el de haber precedido al jardín de las delicias de la civilización de la máquina. Así, las costumbres en común opuestas al capitalismo se fueron disolviendo rápidamente por la acción de la economía política, dejando expuestos a los individuos al libre juego de fuerzas de una magnitud tan colosal que escapaban a su comprensión. Naturalmente, la modernidad industrialista nos libró de prejuicios, servidumbres y abusos seculares. Pero estos alivios dejaron intacta la opresión fundamental que descansa en la creencia de que los fines justifican los medios y de que sólo el camino de la opulencia material conduce a la liberación colectiva y la felicidad individual.

Contempladas como *enemigas del comercio* y de la expansión ilimitada, las formas productivas del pasado se convirtieron en el blanco de la nueva teología económica que procedió a la desarticulación de los gremios y las ligas de trabajo. Con el objetivo central de prescindir de la mano de obra humana, especialmente de la altamente cualificada, el nuevo mundo que surgía de las fábricas fue tejiendo un cerco en torno a los artesanos. En realidad, la verdadera trascendencia de la sociedad industrial fue precisamente la de poner fin a la artesanía como categoría profesional: hasta entonces, y aun dentro de un marco de sujeción profesional y férrea jerarquización gremial, la estructura medieval del trabajo todavía velaba por el respeto y la protección de sus miembros. Con la consolidación del capitalismo, el sector textil, de gran importancia simbólica, puesto que fue el primer ramo donde se impuso el gobierno concentracionario de la fábrica, liquidó todas las trabas proteccionistas y pasó a privilegiar la habilidad física que proporcionaba una población infantil a la que no era necesario someter a un período prolongado de aprendizaje. La máquina simplificó y estandarizó las operaciones, abriendo de par en par las puertas de las fábricas a niños y niñas sacrificados sin miramientos en nombre del progreso.

Sin duda, los artesanos sobrevivieron en aquellos espacios donde una minoría con el suficiente poder adquisitivo y el gusto necesario para apreciar las virtudes de lo hecho a mano continuó demandando sus creaciones. Herederas de los círculos de poder real de Versalles y de la alta burguesía de la Restauración france-



La civilización de la máquina: Sastres artesanos

N PRIETO • FOTOS: ALEX ZAPICO



sa, que **Balzac** que retrató de forma insuperable en su *Comedia humana*, con su desfile de maestros guanteros, maestros joyeros, maestros zapateros, sombrereros, ebanistas, peluqueros, bordadoras, etcétera, esas élites del gusto se han ido corrompiendo gradualmente, atraídas cada vez más por el lujo industrial.

En este sentido, la resistencia de los maestros sastres resulta particularmente ilustrativa para tratar de entender la importancia del precio que hemos pagado por haberlo fiado todo a la razón productivista y a un impenitente utilitarismo. Su oficio nos ofrece una medida de lo bueno y lo satisfactorio que deberíamos observar con detenimiento. Si la causa sagrada de incrementar la producción no fuese su único objetivo, nuestro tiempo encontraría en su actividad un modelo de lo que significa trabajar con dignidad en aras de la calidad, el respeto al medio y el fomento de la sociabilidad vecinal.

Impuesta desde fuera, y vista como neutral por casi todo el movimiento obrero, la máquina no logró penetrar en los talleres de los sastres y sastras que, en lo substancial, continúan confeccionando la ropa a mano y a medida de la misma forma que se ha hecho siempre. Más allá del aumento de las temperaturas de planchado y de la composición de la hilatura en virtud de la evolución de los tejidos, el proceso de elaboración no ha sufrido ninguna transformación reseñable en los últimos siglos: se prolonga así el hilo de una tradición artesana en la que los maestros regulaban el ritmo en función del volumen de encargos, pero también de su disposición física y anímica. En los talleres continua siendo evidente que si la calidad es el criterio supremo que garantiza la estima profesional y atrae clientela, los ritmos de producción no pueden venir determinados por exigencias industriales ni adaptarse al vigor inagotable de una máquina.

En el transcurso de largos años de aprendizaje, el futuro maestro desarrolla una habilidad manual que no es posible acelerar sin poner en riesgo la factura final de la prenda y su propio equilibrio emocional. Excluidos del tormento cronometrado de la fábrica, y ajenos a la aceleración productiva introducida en las últimas décadas, la cadencia del trabajo de los sastres está determinada por un proceso que no admite oscilaciones de velocidad. Además, moldeados en el tiempo denso y pausado de lo hecho con dedicación, los artículos de sastrería incorporan un elemento central del trabajo de calidad que hemos sacrificado en nom-

bre del cronómetro y el rendimiento: la atención.

Aspecto crucial de una civilización que reflexiona y aprende al mismo tiempo que hace, la capacidad de atención concentrada fue una las primeras víctimas de la economía capitalista. En estos tiempos de alboroto y bullicio incesantes, la reposada aplicación de los maestros sirve como ejemplo de trabajo que favorece la especulación intelectual y la introspección sin descuidar la creación material. Este lujo propio de hombres y mujeres libres, inaccesible para los individuos sometidos a trabajos alienantes, es además el aval de un completo control del universo productivo. Amén de entorpecer la división del trabajo, gobernar los ritmos permite una visión global de todo el proceso y de la prenda, que nunca sale del taller. En contraste con el nerviosismo y la enfermiza intensidad impuestos por la economía competitiva, esta vigilancia constituye un valor que no debe ser menospreciado. Porque, ¿cuántos trabajos facilitan el despliegue simultáneo de la imaginación personal y de una destreza creadora de productos nobles y bellos?

Esta concentración que no se deja sobornar por el incremento productivo es, sobre todo, el fundamento de una pedagogía del autodomnio. La disciplina de la repetición a la que se someten los maestros sastres los protege de las tentaciones de la velocidad y la prisa; blindados contra el aturdimiento de la producción automatizada, el estajanovismo productivista y la triste esterilidad burocrática, realizan su trabajo sumergidos en una esfera de recogimiento imprescindible para el cumplimiento de la doble finalidad de la artesanía: el desarrollo de un trabajo gozoso mediante la aplicación de procedimientos adquiridos y la prestación de un servicio que proporciona placer al cliente.

Ahora bien, sólo un producto de acabado irreprochable puede colmar las expectativas del frecuente comprador de la sastrería y el orgullo profesional del maestro. Por eso, es en la voluntad de confeccionar un producto meritorio donde reside el secreto de una transacción comercial que con frecuencia deriva en una relación de complicidad entre el artífice y el usuario. Pero conviene no confundir la calidad con la perfección, propia de la fría regularidad de la máquina. Es precisamente esta imperfección la que le imprime a la prenda hecha a mano su carácter excepcional. Nada de sucedáneos y baratijas sintéticas fabricadas en serie, para todos y para nadie: educados en el crecimiento irresponsable de

bienes de consumo adquiridos por la atracción de los valores simbólicos de un logo, hemos acabado por no cuestionarnos por las cualidades y la procedencia de lo que nos ponemos. Mártires de la marca y de la moda (**Beaton**), hemos concedido un crédito inmerecido a productos despreciables que no sirven más que para ser vendidos, y además nos hemos convencido de que es preferible poseer armarios repletos de fruslerías plastificadas renovadas sistemáticamente que artículos dignos, originales y perdurables.

Es cierto que la paulatina desaparición de sastres ha ejercido una presión al alza de los precios. Pero nadie que haya sido testigo del proceso de elaboración de una pieza sartorial puede afirmar que el trabajo de un maestro no cuesta lo que vale. Lo que resulta verdaderamente escandaloso es el despilfarro inducido por una industria de la confección que vende a precio de oro objetos inconsistentes, pasajeros, serializados y que, en muchas ocasiones, esconden mano de obra precaria y esclava. *Moda rápida* llaman a un sistema que reedita la esclavitud infantil para que los consumidores del mundo desarrollado vistan su pacotilla de marca. Una vez más, las patrañas del progreso han quedado al desnudo. Triste escarnio de esta civilización de la máquina, tan embebida en sus proezas técnicas, que prometía universalizar la prosperidad y confort.

En el comercio directo con un sastre no hay demagogia que valga: cuando el cliente acepta el precio no sólo está adquiriendo un bien de consumo irreplicable. Ejerce, además, su derecho a participar en su diseño, una suerte de coproducción derivada de la posibilidad de acompañar activamente todo el proceso. Más aún: se paga por el fruto de una tradición que permite ejercer la virtud de la contención, ya que es nece-

sario pasar por un periodo de espera que pone a prueba la paciencia y refrena el furor consumista.

Estos tiempos de transformación permanente han afectado de lleno al mundo de la sastrería. La sociedad digital ha obligado a las exiguas hornadas de nuevos sastres a salir de los talleres y convertirse en empresarios de sí mismos, acuciados por la voracidad corporativa, pero también, hay que decirlo, por un cierto inmovilismo que les ha impedido renovar el estilo clásico, haciéndolo atractivo a un público joven sin tradición sartorial. Y es posible que no haya motivos para el lamento, ya que tal vez sea esta síntesis de artesano y divulgador la única garantía de su pervivencia.

En todo caso, la actividad de los maestros sastres artesanos representa una doble función crítica de la que tenemos mucho que aprender: por un lado, cultiva nuestra sensibilidad por los productos bellos y de calidad; por otro, nos obliga a cuestionarnos por lo que fabricamos y por cómo lo hacemos. Su dignificación de la labor cotidiana, tan diferente del trabajo compulsivo, estúpido o nocivo que atrofia nuestras facultades y genera frustración y rabia, nos recuerda la necesidad de preservar la tradición de los oficios, sin la que estamos obligados a partir de cero a medida que desaparecen los maestros.

A decir verdad, no parece que los tiempos sean propicios. Hoy nuestros dioses son mecánicos y digitales, no artesanales. Y ya lo dijo **Ferlosio**: mientras no cambien los dioses nada habrá cambiado. Necesitamos más talleres, más aprendices, más vocaciones, pero también individuos que sepan apreciar la labor gozosa y sensible de los artesanos. Quizás el secreto de la vida misma reside precisamente en eso, en saber apreciar. Necesitamos más maestros sastres.



e s p a c i o

A QUEMARROPA

Por Ángela Clemente



Javier Castillo retransmitiendo en vivo la entrada de Agustín Martínez.



Presentación de las postales de Mala Sangre.

La segunda jornada en el EAQ comenzó con *Trampas*, del profesor **Pedro Tejada**, quien ya ha estado con ésta en cinco ocasiones en la Semana Negra, en tres de ellas como editor. Tejado forma parte de 12 Plumas Negras, un colectivo de escritores y profesionales del mundo de la comunicación que profesan una común pasión por la novela negra y que nació en 2008 en Castellón, ciudad que celebra un encuentro sobre el género negro y policiaco análogo a la Semana Negra durante el mes de mayo desde 2010: Castellón Negro.

Pedro Tejada recoge en *Trampas* 412 aforismos ilustrados por Reino de Cordelia y reunidos gracias a un trabajo de investigación que tuvo su punto de partida en unos manuscritos que encontró casualmente en una carpeta de los archivos de la Fundación Max Aub de Castellón. 412 aforismos que dan cuenta de la maestría en las distancias y formas breves de este gran desconocido adelantado a su tiempo.

Max Aub fue un gran aficionado al juego, el que fuera su pasatiempo en los campos de concentración y que marcó no sólo su obra sino también su muerte, que se produjo momentos antes de entablar una partida de naipes.

«La vida es trampa»: ese pensamiento inunda la obra de Aub, que emana de la decepción con la desmemoria y el exilio. El juego también ofrece un lenguaje propio —como el del dominó, tan relacionado con la política— que para él expresaba la hermosura de la vida, en la que hay que jugarla.

La siguiente actividad del programa de ayer del Espacio A Quemarropa convocó a **Agustín Martínez** y **Javier Castillo**, representantes del nuevo *thriller* español. Los dos novelistas recibieron una calurosa acogida por parte del nutrido público que se acercó al espacio para conocer más de cerca sus últimas publicaciones: *La mala hierba* y *El día que se perdió la cordura*, respectivamente. Fueron presentados por **Ángel de la Calle**.

Agustín Martínez explicó que elige este tipo de novelas por su «vocación de entretener»; vocación que en su caso viene de la labor como guionista y de dar cabida a historias que no suelen encajar en la televisión. Castillo, a su vez, lo hace por su afición a las series y la escritura, que lleva practicando desde los catorce años.

La mala hierba nos adentra en una tierra enferma; en un infierno que comienza con la muerte de la esposa del protagonista, que al despertar del co-

ma causado por la pérdida es informado acerca del instigador del crimen: su propia hija. Javier Castillo, a su vez, arranca *El día que se perdió la cordura* en la ciudad de Boston con un hombre desnudo que sostiene la cabeza de una mujer decapitada en su mano. La novela ha suscitado un gran interés del público, que la ha situado en cabeza en las librerías en el género de suspense.

Patrocinada por el Ayuntamiento de Oviedo, que, en palabras de la vicealcaldesa de la ciudad, **Ana Taboada**, apuesta por facilitar las publicaciones literarias, autogestionadas, bilingües y que se alejen del rol de mercado habitual, tuvo lugar a continuación la presentación de la colección de postales de Ediciones Mala-sangre, un sello editorial ovetense que describe su labor como una militancia con la literatura. El nombre no es aleatorio: fue el resultado de inspirarse en el poema de **Rimbaud** «Una temporada en el infierno» y en la película de **Léos Carax** *Mala sangre*. Mala-sangre surgió del «enamoramiento» de un pequeño grupo entregado al mundo de la escritura y la lectura, que cuida las publicaciones en todas sus fases y que define el proceso de edición como el ejercicio de hacer propio algo ajeno; de obtener un conocimiento diferente al de la creación; de salir del área de confort y adentrarse en territorios diversos. Los asistentes pudimos disfrutar de algunas de las postales que forman la colección, que integran imágenes que buscan el parecido con las postales de toda la vida y textos que fueron recitados por **Alfonso Fernández**.

La tarde siguió con **Vanessa Gutiérrez** hablándonos de su último trabajo, *El paisaxe nostru*, un ensayo recientemente galardonado con el Premio Fuertes Acevedo de Ensayo en Asturiano y editado por Saltadera. El editor de este sello asturiano, Antón García, acompañó a la escritora durante la presentación. García recor-

dó los inicios de Gutiérrez como escritora: unos versos que la por entonces estudiante de derecho le entregó buscando su opinión. Para sorpresa de ella, Antón tardó poco en comunicarle su intención de publicar lo que consideró un trabajo de gran calidad.

Y así llegó *Onde seca l'agua* (Trabe, 2003), un poemario en asturiano al que siguió un año después *La danza de la yedra*, Premio Teodoro Cuesta. Hoy, consagrada como un referente de la literatura asturiana, nos trae con *El paisaxe nostru* el retrato de un mundo que desaparece deprisa; una panorámica de todas las voces que forman la cultura de Asturias, voces que no quedarán en el olvido mientras exista la tradición oral y escrita. Tradición que en la escritora está marcada por su abuela, por sus cantares y por su insistencia en que los recordara «para cuando no estuviera».

El paisaxe nostru es un excelente reflejo de los cambios que supuso la industrialización en las zonas mineras a través de la información sobre los hábitos y costumbres de los asturianos que el médico **Jove Canella** recopiló en sus topografías y que adelantaron las consecuencias venideras de la problemática de la época en la región.



Jesús Palacios y Alfonso Ungría.

A las 21:00, el Espacio A Quemarropa pasó a albergar la presentación de *Los niños perdidos de Albacete*, de **Alfonso Ungría**. Director de cine, realizador de televisión y, desde que jubilara su andadura en el arte cinematográfico a los 65 años, escritor, para Ungría ésta es su segunda novela después de su debut en 2013 con *La mujer falsificada*, la cual presentó hace

tres años en este mismo espacio. Ungría fue presentado por el crítico de cine madrileño **Jesús Palacios**, que escribió el prólogo de esta misteriosa trama en la que reaparecen los personajes protagonistas de *La mujer falsificada*. Con la ciudad castellana como escenario, y llenándolo de enigmas por resolver, Ungría teje un relato de realismo cotidiano, esperpéntico, que recrea las partes más oscuras de los últimos momentos de la sociedad española: un recorrido apocalíptico con la intriga como conductor que comienza con la desaparición del sobrino de la novia del protagonista.

Así, aprendiendo a tener «su propia voz» en la literatura, Ungría rinde un homenaje a los elementos míticos de las ciudades con una narración que pretende no «ser trascendental, sino hacer que la historia trascienda», con una mirada irónica influenciada por el humor y la fantasía.

Como broche final, la poesía fue la protagonista con cuatro de los colaboradores de la revista literaria *Anáfora*. La primera en tomar palabra fue la reconocida traductora **Lucía Rodríguez-Noriega Guillén**, que tradujo dos fragmentos del *Belerofonte* de **Eurípides** para el último número de la publicación. Le siguió el artista vigués **Pablo Fidalgo**, autor de *La educación física*, uno de los cinco mejores libros publicados en España en 2010 y que forma parte destacada de una trayectoria literaria que describe como influenciada por su faceta de dramaturgo.

Celia Corral, actualmente docente en la Universidad de Salamanca, habló de su poemario *La voz del animal bajo tu piel*, un reflejo de los espacios íntimos que tenemos cada uno, reales e irreales, en forma de analogías con los animales. Por último intervino **Candela de las Heras**, poeta alicantina residente en Gijón, ganadora de la quinta edición del certamen de poesía organizado por la Universidad de Oviedo con su primer poemario, *La senda recorrida*: una lírica que trata de huir del sentimentalismo y la necesidad que hoy en día impera de destapar las intimidades; de desnudar el yo. El Espacio A Quemarropa se cerró con la lectura de los poemas de los tres interventores y otros tres colaboradores de la revista *Anáfora*.



Vanessa Gutiérrez y Antón García.



Pedro Tejada y Alejandro Gallo.



EL JEFE DE TODO ESTO

Albacete

Una de mis aficiones favoritas, para matar el eterno aburrimiento que conlleva ser Eterno, es leer novelas-ciudad. Hay pocos géneros literarios que tengan tanto encanto como aquél cuyo protagonista no es precisamente el ser humano, siempre predecible, como la impredecible ciudad que habita, por la que deambula cual fantasma pasado o futuro, nunca presente, que acabará formando parte, inevitablemente, de la propia geografía secreta de la urbe. Olvidados de las novelas-río, las novelas y las noveluchas: la novela-ciudad, construida en torno al espíritu invisible de una metrópoli concreta, capaz de desdoblarse literariamente sus grandes avenidas y bule-

vares, pero también sus más oscuros callejones, sus catedrales y palacios, pero también sus tugurios y prostibulos, sus puentes y ríos, pero también sus cloacas y canales, esa es la verdadera Novela con mayúscula, que resume en su arquitectura literaria la naturaleza oculta de la Ciudad —de todas las Ciudades— y su arquitectura de piedra, metal, cemento y cristal, retratando no sólo su espacio físico sino también y sobre todo su espacio metafísico, su personalidad, su espíritu tutelar, que reina bisexual en las tinieblas controlando el destino de sus habitantes, meras marionetas que se creen dotadas (¡ilusos!) de voluntad propia, cuando son simples seudópodos de la inanimada ánima de la urbe, construida, sí, por seres humanos, pero que, siendo mucho más que la suma de sus partes, tiene vida propia, rebelde e inhumana.

El Dublín de **Joyce**, la Oviedo (perdón: Vetusta) de **Clarín**, el Londres de **Dickens**, la Manhattan de **Dos Pasos**, el Berlín de **Döblin**... son buenos ejemplos de novela-ciudad, pero reconozco que a mí me agradan tanto o más otros menos renombrados e incluso edificados en tono menor y con sabor *pulp*. Por ejemplo, me divierte enormemente el siniestro, violento y *noir* Los Angeles de **James Ellroy**, cuyo cuarteto consagrado a esta ciudad que a duras penas merece tal nombre retrata una comedia humana digna de **Balzac**, poblada por monstruos que sólo pueden habitar el gran desierto angelino, edificada sobre los huesos de la tribu perdida de Israel y el agua envenenada del Diluvio Universal. El Gotham de Batman —cuando era personaje de tebeo y no patético trasunto de Hamlet para espectadores ingenuos— posee las oscuras cualidades de una fotocopia fantasmal del Nueva York de antaño, habitado por los espectros de **Lucky Luciano**, **Meyer Lansky** o **John**

Gotti, ansiosos por travestirse de Jokers recién escapados de Arkham (el asilo, no la pequeña y encantadora ciudad descrita por **Lovecraft**). Punto y aparte, sin embargo, merece el Petersburgo de **Biely**, superior ejemplo de construcción literaria vanguardista, desquiciada y paranoico-crítica, verdadera psicogeografía *avant la lettre* de la Venecia del Norte, que eleva su aristocrática y decadente mole sobre un mefítico pantano de efluvios ancestrales. Y mérito singular el de **China Miéville** y su Nueva Crobuzon, que de tan detalladamente fantástica resulta fantásticamente detallada y verosímil.

Ahora, a este listado hay que sumar —¡sorpresa!— Albacete. Ni más ni menos que Albacete, ciudad chanante y descacharrante —esa misma Albacete a la iban un viejo y una vieja y a mitad de camino...—, que convierte **Alfonso Ugría** en protagonista de su novela *Los niños perdidos de Albacete* (Almud Ediciones), presentada ayer en la SN, donde son precisamente sus personajes y lectores quienes se pierden en una ciudad castellano-manchea al borde del delirio espectral y surrealista, poblada por nuevas sectas y sociedades secretas posibles e imposibles, que su autor, no en vano director de cine egregio, convierte en escenario de temores, amenazas y desvarios apocalípticos propios de nuestro nuevo milenio, al tiempo que dignos de un serial alucinado y esperpéntico. Una Albacete *negrorrealista*, propia de **Emilio Carrere** o **Azcona**, que si no existe tal y como la describe Ugría, pues, vaya, voy a tener que inventarla de verdad, que para eso soy el Jefe (de Todo Esto).

Jesús Palacios

Real Colegio de Arquitectos Piranesi, Escher y Cía.

10 veces 3

RECUERDOS SEMANEROS DE MIGUEL BARRERO



[7]

José Emilio Pacheco quería comer fabada. El poeta mexicano llegó a Gijón rodeado del más absoluto de los desconocimientos y durante unas cuantas horas pudo vivir la ciudad como sólo lo consiguen quienes tienen a su alcance el lujo del anonimato. En los días anteriores, el periodista y poeta José Luis Argüelles, que le tenía por uno de sus grandes maestros, me insistió en cuánto le gustaría tener ocasión de hacerle una entrevista larga y pausada. Conseguí pactarles un encuentro para la mañana que seguiría a la noche en que el avión procedente del DF hizo su aterrizaje al borde del Cantábrico. Recuerdo que era muy temprano y que el sol aún no se había abierto paso entre las nubes y que cuando llegué al Don Manuel José Emilio estaba tomando un café con Lourdes, la celebrada traductora del festival, y que en cuanto me vio y me presenté me invitó a que me sentara allí a desayunar con ellos. Recuerdo que Argüelles llegó poco después y que se cohibió un poco al verlo allí, no sé si por el empaque literario de quien iba a ser su interlocutor o por la corpulencia de la que hacía gala. Recuerdo que yo me fui unos minutos más tarde y que les dejé charlando en esa mesa, que deambulé un rato por las tripas del hotel al hilo de las ruedas de prensa y los encuentros casuales con personajes inesperados que iban brotando en cada esquina y que cuando al fin pude emerger de nuevo en la cafetería resultó que ya se habían ido. Recuerdo que me los encontré al cabo de una hora y pico de pura casualidad: estaban tomando café en una terraza de la calle Corrida, absortos en aquella entrevista que ya no era una entrevista, sino más bien una conversación amistosa entre dos personas que no se habían visto nunca antes y que jamás volverán a coincidir una vez quede extinguida la eventualidad que les permite tomar ínfimo contacto. Recuerdo que Argüelles dijo: José Emilio quiere comer fabada. Y yo, que tenía planes hechos para ese almuerzo, los deshice en un trisér y les seguí hacia las callejuelas del barrio del Carmen hasta dar con un restaurante de solera en el que dimos buena cuenta del manjar. «Yo estoy siendo muy feliz aquí ahora con ustedes», nos dijo Pacheco en un momento de la sobremesa, «estoy siendo muy feliz y sin embargo no me gustaría que esto durase para siempre, porque una de las características de los momentos que nos hacen felices es que duren más bien poco, porque la felicidad se fortalece y crece en el encuentro». Cuando bastante más tarde, pasada ya la una de la

madrugada, abracé por última vez su corpachón descompuesto y sudoroso —hizo mucho calor aquella noche en la Carpa del Encuentro, en la que fue una de las veladas poéticas más multitudinarias que recuerdo—, dijo: «¿Y qué voy a hacer yo, si aún no me he ido y ya estoy echándoles de menos?». Le pedí que volviese y él me prometió que lo haría en cuanto tuviese la ocasión. Es irritante la soltura con la que el destino se apresura a veces a deshacer los mejores planes.

[8]

Una vez escancié para Peter Berling. Fue culpa del Mori, que es un cachondo y que en los arranques de la Semana Negra siempre va con ganas de hacer el mal. Ocurrió en Mieres, en un año indeterminado que puede que fuese el 2007. El Tren Negro hizo su habitual parada rutinaria —habitual hasta que la crisis terminó llevándosela por delante, como tantas otras cosas— y la caravana de invitados desfiló por Doctor Fleming y Manuel Llaneza con la premura que concede el hambre. Las autoridades locales agasajaban a los escritores, los periodistas y la sacrificada gente de la organización con un ágape bajo la techumbre herrumbrosa del patio del colegio Santiago Apóstol. Berling cogió una silla y se sentó solo en uno de los fondos. Un redactor-jefe malicioso habría podido bautizar a su retrato como *El verano del patriarca*. El Mori, que no tiene ni pajolera idea de inglés ni de italiano, pero que sabe por diablo todo lo



que no viene escrito en los libros, se acercó a él y logró sugerirle al cronista del Grial que probara un culete por lo que pudiera pasar. Como no había nadie alrededor, me pidió que me acercara y yo, que andaba a otras cosas, acudí a su lado sin saber bien para qué podía requerirme. Sin decir ni media me puso la botella y el vaso en las manos y con un gesto de la cabeza me señaló a Berling, que miraba hacia mí como quien observa al tonto del pueblo a punto de ejecutar su número magistral. Hay una foto que inmortaliza el momento. Creo que es más elocuente que cualquier cosa que yo pueda escribir aquí para dejar cumplida constancia del ridículo.

[9]

Algunas veces hablé de la Semana Negra con Juan Cueto, que fue uno de sus ideólogos primigenios antes de que el invento se independizase y caminara solo. Él siempre se remitía a Silverio Cañada y a su recordada colección Etiqueta Negra, dentro de la editorial Júcar, que yo he ido complementando verano tras verano gracias a las ofertas del Supermercado del Libro. Cuanto más cosas sé de él, más lamento no haber llegado a tiempo para conocer a Silverio Cañada. Mi primer trabajo como periodista en Gijón me lo dieron unos meses después de su muerte. Uno va pensando que la Semana Negra es ya el último reducto en el que uno puede refrescar figuras como la suya, como la de Fernando Poblet, como la del propio Cueto. Tipos que marcaron una época, y que supieron definir una visión de la ciudad y del mundo que era personalísima y a la vez universal, y a los que se ha olvidado o postergado con una facilidad que dice muy poco del talante que las sociedades muestran a veces para con los suyos. A Juan Cueto lo rescataron para la Semana Negra en 2011, cuando empezaban a pintar bastos y Taibo creyó que era un buen momento para hacer balance. Estuvo sobrio, aunque genial, como siempre ha acostumbrado. Se sentó junto a un retrato de Silverio. Recordé cómo él mismo me había hablado de los domingos en los que iban los dos al fútbol y procuraban colocarse pegados a la banda para ir cantándole las verdades del barquero al juez de línea. Lo llamaban *trabajar al linier*. Se pregunta uno a cuántos linieros hay que trabajarse en esta vida para que no te la metan doblada. También si hay alguien que alguna vez haya sido capaz de eludir siempre el fuera de juego.



PROGRAMA

LUNES 10

- 11.00** Inicio de la distribución gratuita del número 4 de A Quemarropa.
- 17.00** Apertura del recinto de la Semana Negra. Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Música en el recinto. Terrazas. Atracciones de feria.
- Apertura de exposiciones:
- Visualizando el maltrato: la violencia de género en el cómic* (carpa de Exposiciones).
- UTE otra cárcel es posible* (carpa del Encuentro).
- El hilo de la tradición* (calle Palafox).
- Foto y Periodismo: *De Siria al Mediterráneo*.
- 18.00** (Carpa del Encuentro) Presentación: *El hilo de la tradición. Los maestros sastres artesanos y el orgullo de la tradición*. Con **Alex Zapico** y **Michel Suárez**. Presenta Ángel de la Calle.
- 18.00** (Espacio A Quemarropa) Presentación conjunta: *Lobos disecados*, de **Toño Argüelles**, *Allá donde estés*, de **Iván de Santiago** y *El silencio de Nora*, de **Ana Zarauza**.
- 18.30** (EAQ) Presentación: *Barricadas S.A., cortometraje*, de **Marino Franco**. Con Juan Ponte y Damián Manzano.
- 18.45** (CdE) Presentación: *Motivos para matar*, de **Rodrigo Palacios**. Con Alejandro M. Gallo.
- 19.00** (EAQ) Presentación: *Apabullante silencio extranjero* de **Fernando Fonseca**. Con Mercedes González. Patrocina Ayuntamiento de Oviedo.
- 19.15** (CdE) Presentación: *El fin de la historia* de **Luis Sepúlveda**. Con Bea Rato.
- 19.30** (EAQ) AULA SN/Universidad de Oviedo. *Género e identidad en los museos: De los patrimonios indeseados a los patrimonios emergentes*. Con **Laura Bécares Rodríguez**. Presenta Rosa Cid.
- 20.00** (CdE) *A menos de cinco centímetros*, de **Marta Robles**. Presenta José Manuel Estébanez.
- 20.15** (EAQ) Presentación: *Fade Out*, de **Tatiana Goransky**. Con Miguel Barrero.
- 20.30** (CdE) Presentación: *Patria* de **Paco I. Taibo II**. Con Fritz Gloeckner.
- 20.45** (EAQ) Presentación: *Una mala racha*, de **Julio Rodríguez**. Con Rafa Gutiérrez.
- 21.00** (CdE) Presentación: Ruta de la Revolución de 1934 en Oviedo. Con **Benjamín Gutiérrez**, **Adrián Gutiérrez**, **Juan Ponte** y **Roberto Sánchez Ramos**. Colabora Fundación Juan Muñiz Zapico.
- 21.15** (EAQ) Presentación: *La vida de un padre abrumado* de **Iñaki Echeverría**. Con Norman Fernández. Se regalará el cómic *¿Alguna vez te miró de frente una vaca?*
- 21.45** (EAQ) Presentación: *El valor del rei*, de **Xulio Arbesú**. Con Esther Prieto.
- 22.30** Concierto en el escenario central:

TRAVELLIN' BROTHERS

PROGRAMA ALTERNATIVO en el Espaciu pal Cambiu «Esteva»

- 18:00 h.** Actrices españolas de cincuenta para arriba. Con Susana Martins y Marisa Vallejo.
- 20:00 h.** Feminismo y economía feminista. Con Sofia Castañón y Beatriz Gimeno.
- 21:45 h.** Velada poética con Sofia Castañón.
- 23:00 h.** Concierto de **La Maga Poe** y **Filanda**.



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Castellio contra Calvino: conciencia contra violencia no es la obra más conocida de **Stefan Zweig**, pero es seguramente aquella en la que el literato austriaco volcó más de sí mismo; la que registra mejor el encefalograma y el cardiograma de aquel judío genial que quiso ser pacifista en la era de las grandes guerras, y que se acabó suicidando en 1942 en Brasil, adonde se había exiliado y donde su vida no corría ningún peligro, porque no podía soportar la idea de una Europa regida por los fascistas, por más que a él le fuera dado escapar de ellos. *Castellio contra Calvino* salió publicado en 1936, en plena era nazi pero también en pleno estalinismo, y, aunque narraba unos hechos acaecidos siglos ha, su sentido y su misión eran estrictamente contemporáneos: impugnar y combatir el totalitarismo.

El libro narra un acontecimiento histórico real: el choque de trenes intelectual que enfrentó a **Juan Calvino** y a **Sebastián Castellio** en la Ginebra del siglo XVI. Calvino, como es sabido, era uno de los grandes herejes de aquel siglo que había visto saltar por los aires la unidad de la Cristiandad occidental. Pero era uno de esos herejes que a lo que aspiran no es a una Iglesia más abierta y plural, sino una imbuida de una nueva ortodoxia monolítica: la suya. En Ginebra, ciudad a cuya gobernación había logrado encaramarse, Calvino había instaurado una nueva Inquisición cuyo rigor no desmerecía en nada el de la católica: la leña de los autos de fe se prendía con el mismo desparpajo que en la España de **Carlos V** a fin de acabar con los días de librepensadores como el español **Miguel Servet**, que había osado descubrir la circulación de la sangre. Y aquello encolerizó a **Sebastián Castellio**, un humanista que ya se había ganado las iras de Calvino por su cuestionamiento de la teoría calvinista de la predestinación y que en 1554, con el seudónimo Martinus Bellius, escribió uno de los más apasionados alegatos de la libertad de conciencia que hayan visto jamás la luz. «Matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre», proclamaba Castellio. «Buscar y decir la verdad, tal y como se piensa, no puede ser nunca un delito. A nadie se le debe obligar a creer. La conciencia es libre», añadía.

No voy a desvelar qué pasó después ni si Castellio acabó sus días como Servet: si quiere saber cómo acaba esta historia, querido lector o lectora, busque en alguno de los stands de la Feria del Libro la traducción al español que del libro de Zweig publicó la editorial Acantilado en 2001. No será ésa una compra de la que se arrepienta. Pero si quiero destacar algo que Zweig proclama a su vez en el último capítulo del libro: «El mundo es improductivo y estéril cuando no está lleno de alegría ni estimulado por la práctica de la libertad». La fuerza del libro radica ahí: en encerrar una lección y arrojar luz sobre una esencia humana intemporal. Siempre ha habido y siempre habrá calvinos y castellios; dogma-creyentes y librepensantes; lectores de un solo libro y lectores de muchos; encendedores y apagadores de las hogueras del fanatismo.

No hace falta decir cuál de esas dos mitades de *homo sapiens* es bienvenida en este festival y cuál otra no tiene hueco aquí, pero, por si cupiera alguna duda, ahí va un botón de muestra: ayer me encontré en el mismo stand de la Feria del Libro un voluminoso *Catecismo de la Iglesia católica* y otro libro titulado *Pederastia en la Iglesia católica: delitos sexuales del clero contra menores, un drama silenciado y encubierto por los obispos*. También se puede uno topar por ahí las obras completas de **Trotsky** o de **Bakunin**; con *Stalin: historia y crítica de una leyenda negra*, un libro publicado por El Viejo Topo en el que el italiano **Domenico Losurdo** reivindica una imagen más benévola del tirano soviético; y con *La izquierda feng-shui*, el ensayo de reciente publicación en el que nuestro **Mauricio Schwarz** fustiga con su saña característica a todo aquello que, en el espectro politológico, cae a la izquierda de **Susana Díaz**. De todo hay en esta viña gijonesa del Señor. «Ella a todos acoge bajo su manto», cantaba **Víctor Manuel** de la *Madre coraje*; ése es el rollo. A todos acoger bajo un manto metafórico que lleve grabado el verso aquél: «Libertad, libertad, sin ira libertad».



* **ÁMBITO cultural**